VIAJERAS EN LA COSTA DEL PACÍFICO MEXICANO, 1848-1875

Karina Busto Ibarra[1*]
Hemispheric Institute on the Americas
University of California, Davis

Las narrativas de viaje suelen estudiarse desde diferentes perspectivas. Historiadores, antropólogos, etnógrafos, sociólogos y muchos otros investigadores utilizan este tipo de relatos como una fuente básica para obtener información de primera mano sobre sitios descritos por viajeros.

En ocasiones, estas obras han tenido una función como instrumento de poder y expansión colonial. En este sentido, Mary Louise Pratt se ha referido a los escritos de naturalistas y científicos europeos del siglo XVIII y principios del XIX, donde expresan una visión de supremacía al relatar su experiencia en regiones del mundo alejadas de Europa (Pratt, 1992).[2]

Algunos autores han cuestionado la veracidad o ficción de las narrativas de viaje y han insistido en la importancia de cotejar los datos proporcionados por distintos escritores con el fin de comprobar la autenticidad de la información.[3] Los viajeros y sus descripciones también han sido estudiados en términos de su propia identidad, definida con relación al otro. Es decir, considerando que la experiencia del viajero como espectador de los habitantes nativos contribuye a la reafirmación de sí mismo.[4]

1* Agradezco a las lectoras del consejo consultivo por sus comentarios y sugerencias para mejorar este trabajo.

2 La propuesta de Mary Louise Pratt ha tenido acogida en el medio académico. Steve Clark (Ed.). *Travel writing and empire: postcolonial theory in transit*. New York: Zed Books, 1999; Leonard Guelke and Jeanne Kay Guelke, "Imperial eyes on South Africa: reassessing travel narratives". Journal of Historical Geography, 30, 2004, págs.11–31.

3 Piercy Adams. *Travelers and travel liars, 1660-1800*. Berkeley: University of California Press, 1962; Michel de Certau. "Travel narratives of the French to Brazil: Sixteenth to Eighteen centuries". Representations, 33, 1991, págs. 221-226.

4 Susan Roberson (Ed.). *Defining travel, diverse visions*. Jackson: University Press of Mississippi, 2001.

Los libros de viajes sobre América Latina han existido desde la época colonial, sin embargo, en el siglo XIX viajar y escribir al respecto se convirtió en una práctica común por diversas razones. La primera de ellas, por el interés que despertó en los europeos el conocimiento de territorios que habían permanecido inaccesibles durante la etapa de dominación española. Más adelante existió una atracción hacia los recursos naturales y el potencial de estas regiones para convertirlas en consumidoras de productos europeos, lo cual se manifestó en el discurso de lo que Pratt ha llamado la "vanguardia capitalista" (Pratt, 1992: 155).

El aumento de medios de comunicación cada vez más eficaces y la posibilidad de emigrar a territorios que ofrecían mayores oportunidades favoreció un proceso migratorio a nuevas regiones hasta antes despobladas. Lo anterior tuvo un impacto en el traslado de personas de un continente o de un país a otro y el desplazamiento de gente entre grandes distancias se diversificó. Fue así como el paso de viajeros por países como México se incrementó. Es cierto que no todos dejaron un testimonio escrito, pero quienes lo hicieron ofrecen información que ayuda a reconstruir el pasado de zonas del país que apenas empezaban a desarrollarse a mediados del siglo XIX.[5]

La región del Pacífico mexicano no permaneció ajena a esta realidad. En 1848, con el descubrimiento de oro en California, territorio recién adquirido por Estados Unidos tras la guerra que mantuvo con México, inició un éxodo de personas que se aventuraron a la entonces llamada "región del oro" para probar suerte. Desde entonces se recorrieron diversas rutas marítimas y terrestres, aunque los tres trayectos que mayor interés generaron para el traslado del Atlántico al Pacífico fueron 1) por tierra, atravesando las planicies de Estados Unidos; 2) por mar, rodeando el Cabo de Hornos y 3) por mar y tierra, cruzando el istmo de Panamá.[6]

Por estas vías circularon hombres y mujeres, en su mayoría de origen estadounidense, que dejaron registro de sus vivencias, escritas mientras hacían sus

5 Walther L. Bernecker menciona los relatos de viajeros y los despachos diplomáticos y consulares como fuentes externas indispensables para comprender el siglo XIX mexicano: "Literatura de viajes como fuente histórica para el México decimonónico: Humboldt, inversiones e intervenciones", en Lourdes de Ita Rubio y Gerardo Sánchez Díaz (coords.). *A través del espejo: viajes, viajeros, y la construcción de la alteridad en América Latina*. México: Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2005, págs.19-48.

6 Los viajeros que recorrieron las rutas del Cabo de Hornos y de Panamá generalmente pasaban por la costa de México.

recorridos o una vez que llegaron a su destino final. En la actualidad, algunos autores se han dedicado al estudio de estos relatos, y otros más han puesto atención a la experiencia femenina en las rutas transcontinental de Estados Unidos y en la de Panamá.[7] Sin embargo, hasta ahora no se ha contemplado el paso de las mujeres por la costa del Pacífico mexicano, a pesar de existir interesantes crónicas narradas por algunas de ellas.

Con mayor frecuencia encontramos narrativas de viaje escritas por hombres que por mujeres, pero en los años recientes ha surgido un interés por los relatos de estas últimas. Desde el análisis literario se han promovido nuevas visiones de la experiencia de viaje para las mujeres y algunos autores han sugerido que el hecho de escribir sus diarios les permitía reafirmarse en situaciones nuevas ante las cuales se sentían impotentes. Al mismo tiempo, escribieron para reforzar sus conexiones con la familia y amigos, y para mantener su propia imagen de mujer occidental.[8]

El presente trabajo busca analizar las visiones femeninas sobre los puertos de Acapulco, Mazatlán, San Blas y Guaymas en la costa del Pacífico mexicano.[9] En la segunda mitad del siglo XIX estos puertos se encontraban en un periodo de apertura al comercio internacional. Algunos sitios, como Acapulco y Mazatlán, tuvieron una participación destacada en la navegación entre San Francisco, California y Panamá. Acapulco se convirtió en el centro de aprovisionamiento de insumos para las embarcaciones en tránsito, mientras que Mazatlán era el centro distribuidor de mercancías en la costa mexicana.[10]

---

7 Sobre los textos de viajeras por la ruta transcontinental de Estados Unidos, véase el artículo de Jonny Faragher y Christine Stansell, "Women and their families on the Overland Trail to California and Oregon, 1842-1867". Feminist Studies, 2, 1975, pp.150-166. La participación de mujeres en la ruta de Panamá ha sido rescatada por Glenda Riley, "Women on the Panama Trail to California, 1849-1869". Pacific Historical Review, 55, 1986, pp.531-547.

8 Estas afirmaciones se refieren al estudio de Deborah Lawrence sobre cinco mujeres estadounidenses que, en su viaje al oeste de su país, escribieron para enfrentarse al desafiante ambiente de frontera de mediados del siglo XIX. *Writing the Trail. Five Women's Frontier Narratives*. Iowa: University of Iowa Press, 2006, p.5.

9 A lo largo de esta investigación se han detectado alrededor de 30 escritos de viajeros entre 1849 y 1907, de los cuales cinco corresponden a relatos de mujeres. Karina Busto, "The Mexican Pacific through travelers' eyes: perceptions of three port towns in the 19th century", trabajo inédito.

10 Karina Busto Ibarra, "El espacio del Pacífico mexicano: puertos, rutas, navegación y redes comerciales, 1848-1927", tesis de doctorado. México: El Colegio de México, 2008, capítulos 4 y 7.

En las siguientes páginas se rescatan las percepciones femeninas respecto a los puertos que visitaron. Una de las características de estos relatos es la sensibilidad de las mujeres para observar o comentar situaciones particulares de su experiencia de viaje. Por ejemplo, es frecuente su interés en temas domésticos y familiares, y solían poner atención en las demás mujeres, ya fueran también viajeras o nativas. En este sentido, proporcionan una visión distinta sobre la sociedad observada.

Se abordarán dos testimonios escritos a manera de diario, el de Mrs. McDougall (1849) y el de Mrs. Julia S. Twist (1861); y tres relatos en formato de crónica, los de Mrs. Bates (1848), de Mrs. F. F. Victor (1871), y de Martha Summerhayes (1874). Todas estas viajeras comparten algunos elementos en común, como su origen estadounidense, su pertenencia a una clase social media o alta, su educación, así como su condición de ser esposas de militares, capitanes de barcos u oficiales de marina.

Las visitas de las señoras McDougall, Bates y Summerhayes a los puertos de México fueron sumamente breves, pues apenas tuvieron oportunidad de esbozar lo que vieron durante el tiempo de escala de sus respectivos buques.[11] En cambio, las señoras Twist y Victor permanecieron una pequeña temporada en el puerto de Acapulco, donde se quedaron 12 y 20 días, respectivamente. En este periodo tuvieron oportunidad de hacer diversas observaciones en torno a los habitantes del lugar y sus costumbres.

El análisis de las narrativas de las cinco viajeras se presenta en orden cronológico. En algunos casos se ha encontrado información detallada sobre las autoras, pero en otros apenas logramos apuntar algunas características de su condición social o de su personalidad, aspectos que se derivan de sus escritos.

Mrs. McDougall

El diario de Mrs. McDougall, escrito en 1849, fue publicado en el año de 1890 en la revista *Overland Monthly and Out West Magazine* que se imprimía mensualmente en California, con una buena aceptación entre sus lectores. Este diario

11 La escala de los vapores en los puertos mexicanos generalmente era de unas horas a un día. En Acapulco, por ejemplo, los barcos se detenían a cargar combustible, agua, fruta y comida fresca, además de intercambiar mercancías.

apareció en forma de artículo, con anotaciones y precisiones hechas por W.H. McDougall, probablemente pariente de la señora.

Lo interesante de este recuento es que la señora McDougall había sido una de las pocas mujeres que viajó en el vapor *California* en su primera travesía con destino a San Francisco a fines de 1848 y que ancló en aquel puerto el 28 de febrero de 1849.[12] Fue también una de las personas que pronto emprendió su viaje de regreso, tan sólo después de dos meses de haber permanecido en la región californiana. La señora McDougall había hecho el recorrido a San Francisco con su esposo y su hija, alentados por la fiebre del oro, pero ella partió al poco tiempo, desilusionada de los fracasos de su esposo (Riley, 1986: 534). En esta segunda ocasión viajó acompañada de su cuñado George, su hija Sue y su sirviente, a quienes poco menciona en su diario.

De la primera travesía del *California* habían surgido innumerables narraciones de viajeros. En cambio, según W.H. McDougall (McDougall, 1890: 273), del trayecto de regreso, el diario de la señora constituye el primer registro publicado. De tal forma que su texto adquiere un valor singular, pues además de ser pionero, fue escrito por una mujer.

La señora McDougall describe brevemente los lugares por donde pasó el vapor donde viajaba: Sausalito, Monterey, Santa Bárbara y San Diego en California; Cabo San Lucas, Mazatlán, San Blas y Acapulco en México; Taboga y Panamá en Centroamérica. La autora también menciona su travesía por el istmo panameño mediante canoas y mulas (o cargada por nativos), para trasladarse de la costa del Pacífico a la del Atlántico, y seguir su camino a Filadelfia, Estados Unidos.

El diario de la señora McDougall se inicia el día martes 1 de mayo de 1849 y termina el 30 del mismo mes. Un aspecto frecuente en los diarios de las viajeras es que describen con detalle la vida a bordo del barco. En el caso de McDougall, pone énfasis en la misa dominical, el 6 de mayo registra en su diario: "el capitán Thomas leyó el servicio episcopal en la cabina. La mayoría de las mujeres a bordo asistieron. Es la primera vez que lo oigo en el mar y me recordó a casa" (McDougall, 1890: 276).[13]

---

12 El "California", propiedad de la compañía naviera "Pacific Mail Steamship Company", fue el primer barco de vapor que se construyó para el servicio de la ruta San Francisco-Panamá en el Pacífico. John H. Kemble, *The Panama Route, 1848-1869*. Columbia: University of South Carolina, 1990.

13 Todas las traducciones de los textos fueron realizadas por la autora de este artículo.

El paso de McDougall por los puertos mexicanos fue efímero, permaneció sólo unas cuantas horas en Mazatlán, San Blas y Acapulco, pero no por ello deja de hacer valiosas observaciones sobre la sociedad local. En Mazatlán la señora bajó a tierra con otras cuatro mujeres y cinco señores en uno de los botes del vapor. Una vez en el puerto se reunieron con algunos extranjeros residentes del lugar, llegaron a casa del capitán Mott, la cual encontraron "muy fresca y agradable", al igual que a las mujeres que las recibieron. En el mismo puerto visitaron, en compañía del señor Talbott, algunas de las tiendas para comprar ciertos artículos y, de regreso a casa del señor Mott, gozaron de un almuerzo de frutas. Después caminaron hacia la playa y fueron a casa del señor Kelly, que era "casi como un palacio".[14] Según cuenta McDougall, la pareja Kelly era muy amable, gracias a lo cual tuvieron estancia encantadora en Mazatlán (McDougall, 1890: 276).

El vapor *California* continuó su derrotero hacia el sur, con la siguiente escala en San Blas. Este puerto le pareció a la autora "muy romántico" y lo describió como un lugar con cerros y valles que daban hacia una bahía punteada de islas, casi todas de rocas inhóspitas. Sin embargo, su impresión fue que el pueblo era pobre, "una miserable villa con casas de paja." Luego menciona que una partida grande de estadounidenses llegó a San Blas procedente del otro lado del país, con destino a California, lo cual la hizo pensar "que consigan sus sueños de oro, porque sus ideas de comodidad nunca las alcanzarán" (McDougall, 1890: 276). Esto último refleja el disgusto de la señora McDougall por California, en una época en que las migraciones hacia aquella región seguían siendo considerables.

La señora McDougall también hizo escala en Acapulco, donde los pasajeros bajaron a tierra, mientras los nativos subieron al barco, corriendo de un lado a otro, conversando en español. Al igual que otros viajeros de la época, reconoció que probablemente Acapulco era "la mejor bahía del mundo" y no abundó en más detalles, dejando atrás el último puerto mexicano que visitó en su recorrido. En páginas posteriores se aprecia que su diario continúa con una mención sobre su paso por el istmo de Panamá a la costa del Atlántico y termina sin abordar completamente su llegada a Filadelfia, su destino final.

---

14 Los apellidos Mott, Talbott y Kelly en el puerto de Mazatlán, corresponden a algunos de los comerciantes extranjeros del lugar que ya para entonces habían logrado amasar fortunas y mantener importantes relaciones políticas y económicas. Araceli Ibarra Bellón, *El comercio y el poder en México, 1821-1864. La lucha por las fuentes financieras entre el estado central y las regiones*. México: Fondo de Cultura Económica, Universidad de Guadalajara, 1998, p.393.

Mrs. D.B. Bates

Entre los años de 1850 y 1854, Mrs. D. B. Bates hizo el recorrido del Atlántico al Pacífico por la ruta del Cabo de Hornos, vivió en California, y regresó a la costa este de Estados Unidos por el istmo de Panamá. Todas estas experiencias las dejó plasmadas en su libro *Incidents on land and water or four years on the Pacific Coast*, que salió a la luz por primera vez en 1857, publicado para la autora y registrado en la Oficina del Juzgado del Distrito de Massachussets.[15]

La señora Bates salió de Baltimore a San Francisco en julio de 1850, acompañando a su esposo, capitán de la embarcación *Nonantum*. Lo que distingue el recorrido de los Bates es que éste fue marítimo en su totalidad, es decir, se trasladaron de la costa atlántica al Pacífico a través del Cabo de Hornos. Durante el viaje pasaron por algunos sitios como Valparaíso (Chile), Paita (Perú), Taboga (Panamá), así como por el puerto mexicano de Acapulco.

La pareja Bates permaneció un mes en Panamá y después se embarcó en el vapor *Republic* con destino a San Francisco, pagando una tarifa de seiscientos dólares por su traslado. En un periodo de alta demanda en las rutas hacia California los precios de transporte de las embarcaciones alcanzaron cifras exorbitantes.[16]

La señora Bates comenta que al zarpar de Panamá el vapor transportaba 400 pasajeros, de los cuales 30 eran mujeres; el número más grande de viajeros que en aquella época se haya llevado a bordo de cualquier vapor rumbo a San Francisco. Pocas mujeres iban acompañadas de sus esposos y la mayoría iban precisamente a encontrarse con ellos, de quienes se habían separado dos o más años antes (Bates, 1861: 91).

El vapor hizo escala en Acapulco para cargar carbón. La autora describió cómo al llegar el barco los nativos se acercaban nadando, y cómo los pasajeros se divertían arrojándoles monedas que los lugareños buceaban con admirable habilidad (Bates, 1861: 91). La embarcación permaneció casi un día en Acapulco, mismo que los transeúntes aprovecharon para pasear en el pueblo y sus alrededores. La señora Bates sólo vio la parte del poblado cercana a la bahía, de la que se mostró "favorablemente impresionada", pues era el "pueblo español [sic] más

15 La edición consultada para este trabajo fue la onceava, correspondiente al año de 1861.
16 John H. Kemble. "The Panama route to the Pacific Coast, 1848-1869". The Pacific Historical Review, 7:1, 1938, p.9.

limpio, bonito y de alegre aspecto que jamás haya contemplado" (Bates, 1861: 93).

Según la señora Bates, había comercios de todo tipo, el bazar estaba lleno de gente exhibiendo frutas suficientes como para alimentar a toda la gente del vapor. La señora también observó a las mujeres de la localidad y comentó que "a veces uno se siente inclinado a comprar sólo por ganarse una de esas irresistibles sonrisas de las señoritas que despachan" (Bates, 1861: 93).

Una vez que arribó a San Francisco, la señora Bates se trasladó al pueblo de Marysville, donde permaneció hasta la primavera de 1854, cuando emprendió su viaje de regreso a la costa este de Estados Unidos. Esta vez siguió la ruta del istmo de Panamá, en canoas y mulas, y no volvió a mencionar su paso por los puertos mexicanos.

Mrs. Julia S. Twist

El relato de Julia S. Twist es quizá uno de los más completos debido a que redactó sus experiencias en forma de diario, desde el 1o. de febrero hasta el 19 de marzo de 1861. En palabras de la misma Twist, el diario "no fue escrito para publicarlo, sino como un pasatiempo durante un viaje aburrido y monótono" (Twist, 1900: 238).

Su diario salió a la luz en 1900 en un libro dedicado a la historia del presbiterianismo en Estados Unidos. En dicha edición se menciona la importancia del relato de Twist tanto por su veracidad, como por el conocimiento que aportaba sobre la compañía de Beloit, Wisconsin, cuyos integrantes se marcharon a California motivados por la fiebre del oro (Twist, 1900: 238).[17] Gracias al editor de esta publicación contamos con datos particulares sobre la señora Twist.

Julia S. Twist (antes señorita Peck) se casó en enero de 1850 con Elias Twist, un joven agricultor de Nueva York. Elias partió a California en abril del mismo año con la compañía del capitán Lewis Clarke, cruzando las planicies del territorio estadounidense. Durante los años de ausencia de su esposo, Julia tra-

17 La compañía de Beloit, de Wisconsin, salió el 8 de abril de 1850 rumbo a California y fue liderada por el capitán Lewis Clarke. En aquella época, les llamaban "compañía" a los grupos de personas que se reunían para unir esfuerzos y recabar recursos económicos que les permitieran hacer el recorrido por las planicies del territorio estadounidense. Entre los integrantes elegían a un capitán que se encargaba de administrar todo lo necesario para el viaje.

bajó en la granja de su padre, estudió francés en su pueblo, aprendió el arte de la fotografía y la practicó como negocio, de tal forma que logró ahorrar su propio dinero. Después de haber sufrido la separación de su esposo por casi once años, decidió viajar ella misma a California, de ahí que haya emprendido su travesía. Una vez en California, Julia envió aviso a su esposo, quien llegó a reencontrarse con ella. A partir de entonces vivieron en un rancho del condado de Tuolumne, donde tuvieron un solo hijo que más tarde se dedicó a la minería (Twist, 1900: 238).

En 1861 la señora Twist viajó de Nueva York a San Francisco por la ruta del istmo de Panamá, donde para esa fecha ya se había construido el ferrocarril que conectaba las costas del Atlántico con el Pacífico. Después de haber cruzado el istmo, se embarcó en el vapor *Uncle Sam*, mismo que arribó al puerto de Acapulco el 19 de febrero de ese mismo año. Una vez en el puerto, el vapor no pudo continuar su travesía por problemas técnicos, así que debió esperar veinte días en Acapulco antes de que el 9 de marzo llegara el *Golden Age* y remolcara al *Uncle Sam* hasta San Francisco.[18]

En este periodo Julia Twist y todos los pasajeros pernoctaron a bordo del vapor, anclado en la bahía, sin posibilidades de reparación. Son diversas las anécdotas que la señora escribe en su diario y todas ellas constituyen una aportación invaluable sobre el puerto de Acapulco, su gente y sus costumbres, aspectos que la autora pudo observar detenidamente durante su estancia.

Una de las primeras impresiones de los viajeros que se detenían en Acapulco era que, al anclar un barco en la bahía a una distancia de dos a cuatro kilómetros de la costa, la gente nativa se acercaba en diversas canoas pequeñas para ofrecer a los pasajeros naranjas, limas, huevos, cocos, corales y conchas de mar. Para hacer la venta, ponían los productos en una canasta que se ataba a una cuerda y de la misma manera los pasajeros les hacían llegar el dinero. Mientras esto ocurría, la gente del lugar también mostraba sus cualidades para nadar y algunos buceaban profundo para alcanzar alguna moneda lanzada al mar por los pasajeros (Twist, 1900: 229).[19] Las mismas canoas, con asientos y cubierta, estaban listas para llevar a los pasajeros a tierra por la cantidad de 25 centavos de dólar.

18 Ambos vapores eran propiedad de la "Pacific Mail Steamship Company", la principal empresa naviera en la ruta San Francisco-Panamá.

19 Esta práctica la menciona también Mrs. Bates y otros viajeros que pasaron por Acapulco.

Por otra parte, la autora se mostró sorprendida con la manera de embarcar el ganado: 16 vacas amarradas de los cuernos eran llevadas en una canoa grande, 8 de cada lado. Para lograr esto, la canoa se posicionaba junto al vapor y después las reses se levantaban con unas poleas para subirlas a bordo (Twist, 1900: 229).

Las observaciones iniciales de la señora Twist sobre Acapulco no fueron las más halagadoras. De inmediato le llamaron la atención la forma de vestir de los lugareños y la construcción de sus casas. El 19 de febrero de 1861 escribió en su diario: "el vapor sólo se detendrá aquí por unas horas, así que hemos ido a la costa a ver las bellezas del lugar. Ciertamente eso no incluye a las mujeres nativas, quienes visten de falda y camisola. Algunos de los hombres simplemente utilizan una camisa, algunos sólo una faja y otros sus trajes de nacimiento, siendo una raza de seres inferiores, en algunos aspectos, a los de Aspinwall [Panamá]" (Twist, 1900: 229).

Asimismo, expresaba que el puerto de Acapulco era "una de las mejores bahías naturales del mundo", y aunque desde el barco se podían ver algunos edificios, al ir a la ciudad se encontraban "cientos de chozas hechas de hoja de palma y ramas, sin puertas ni ventanas" (Twist, 1900: 230).

El tercer día de estancia en Acapulco, Julia Twist y sus acompañantes contrataron los servicios de un guía que los llevó al fuerte de San Diego,[20] y a una plantación donde se cultivaban naranjas y toda clase de frutas en abundancia. También vieron una recua de mulas que describió de la siguiente manera: "el conductor forma a sus animales en una fila atando los cabestros de cada mula, excepto el de la mula líder" (Twist, 1900: 230).

Unos días más adelante, el 25 de febrero, la señora Twist observó a una familia del lugar, donde encontró a dos niñas pequeñas, desnudas, meciéndose en una hamaca; a la madre bordando; a otra de las hijas que parecía estar haciendo pan; a dos muchachos que pesaban maíz; y al padre dormido en la tierra. Twist afirmaba que la familia le ofreció "flores, corales y conchas de mar". Con curiosidad preguntó a la madre cuántos hijos tenía, a lo que ésta contestó que diez; también preguntó a uno de los niños cuántos perros tenían y éste replicó que "solamente" once. Esto parece haber sido una sorpresa para Twist, así como la

20 Fortificación que se construyó a partir de 1615 para la defensa del puerto de Acapulco y las costas del Pacífico.

capacidad de los niños nativos para subir los cocoteros, con una cuerda amarrada a la cintura, para bajar frutos maduros y ofrecerles agua para beber a los viajeros (Twist, 1900: 231).

El 27 de febrero arribó al puerto de Acapulco el vapor *California*, pero sólo contaba con 4 espacios disponibles. Pocas personas lograron embarcarse, de tal manera que Julia Twist permaneció en Acapulco en espera de que a la semana siguiente llegara otro vapor y que los pasajeros pudieran continuar su travesía a San Francisco. Ese día Twist escribió en su diario "debemos contentarnos con otra semana aquí y entonces el [Golden] *Age* llegará y nos remolcará. Éste es un lugar agradable, pero está perdiendo rápidamente sus encantos en nosotros. Nos estamos cansando de ver sólo caras morenas y añorando la sociedad de nuestra propia gente" (Twist, 1900: 232).

A lo largo de su relato la señora Twist menciona a otras dos mujeres con quienes convivió durante su estancia en Acapulco, Mrs. Q. y Mrs. M-br-y (no proporciona los nombres completos). Ésta última, por ejemplo, invitó a Twist y a Mrs. Q. a visitar la playa, llevando una canasta de provisiones y una botella de vino. Las tres mujeres estuvieron en un cocotal localizado a unos dos kilómetros del vapor, cerca de donde encontraron un antiguo pozo. En él estaban varias mujeres nativas lavando ropa, sin tabla para fregar y con una tina de madera como de un metro de diámetro y siete centímetros de profundidad. Twist se sorprendió de que utilizaban "agua fría y gran cantidad de jabón", y de que no hervían la ropa, a pesar de lo cual notaba que tenían "éxito en dejarla muy blanca y limpia" (Twist, 1900: 232).

Es interesante la descripción de la señora Twist sobre su encuentro con las mujeres del lugar, pues muestra el contacto entre dos culturas diferentes. Ejemplo de ello es un paseo que hicieron las extranjeras, durante el cual se encontraron de nuevo a las nativas lavando ropa. Twist escribió en su diario:

> nos hicieron sentarnos en sus canastas invertidas, examinaron nuestras joyas, nos dieron unas palmaditas en la espalda y parecían muy complacidas de vernos. Una de las mujeres viejas no sabía qué decir para expresar su admiración. Finalmente me llevó de las manos a un recipiente grande, me subió las mangas, me lavó las manos y brazos, los secó cuidadosamente y luego me agradeció el privilegio. Muchas de ellas nos siguieron hasta la orilla de la playa y nos invitaron a volver mañana. Hemos aprendido unas pocas palabras en español y podemos entender muchas de las cosas que nos dicen (Twist, 1900: 232).

Al regresar al barco las viajeras cenaron y, después del té, fueron a la ciudad una vez más. Twist menciona que las calles estaban llenas de gente, sentadas en la tierra, fumando o apostando como "bandada de gansos". Luego visitaron una casa llamada *Eldorado*, cuyo dueño, de origen español, podía hablar inglés. El señor les contó que él y su mujer llegaron a Acapulco por tierra procedentes de un lugar localizado a cuatro mil kilómetros de distancia. A Twist le llamó la atención la esposa de este señor, porque usaba "pantalones y camiseta como hombre", pues le parecía "más conveniente" y "se evitaba lavar ropa". A pesar de esta costumbre, Twist reconocía que se trataba de una mujer "muy amable y agradable", que se veía "arreglada y limpia", además de ser una gran cocinera (Twist, 1900: 233).

La señora Twist reconocía que su amiga Mrs. Q. estaba encantada con el lugar y sus habitantes, pues era gente "ignorante pero feliz". A pesar de no compartir del todo esta apreciación, Twist desembarcó diariamente para dirigirse al puerto y secundó a Mrs. Q. en sus aventuras, como la de subir una montaña cercana. Las dos mujeres contrataron los servicios de un guía y emprendieron la excursión en caballos y a pie. Un aspecto simbólico de este episodio es que las mujeres lograron llegar a la cima, donde improvisaron una bandera de Estados Unidos con parte de sus ropas –un velo y una toalla, misma que ataron a un palo de un metro de alto que clavaron entre las piedras. Twist comenta "hicimos entender a los nativos que debía dejarse en esa posición hasta que regresáramos al vapor" (Twist, 1900: 235).

Así, las mujeres extranjeras habían logrado conquistar no sólo la cima de la montaña sino también una tierra ajena en la que vivieron las últimas semanas. Esta excursión fue también una conquista femenina, pues demostraron su valor al resto de la tripulación y pasajeros del *Uncle Sam*, incluido el capitán, quien les expresó que él mismo no se hubiera atrevido a emprender tal expedición. Los miedos a las enfermedades y a la gente del lugar, que compartían los viajeros en general, fueron vencidos por aquellas mujeres.

Luego de veinte días de haber permanecido en Acapulco, el vapor *Uncle Sam* fue remolcado por el *Golden Age* el 9 de marzo de 1861; once días más tarde entraban a la bahía de San Francisco. Como reflexión final sobre el puerto mexicano Twist escribió que a Mrs. Q. le gustaría vivir en él, por la novedad del lugar, lo bello del paisaje y la sencillez de sus habitantes. Sin embargo, Twist estaba convencida de que ella no podría quedarse para siempre en ese sitio (Twist, 1900: 236).

A pesar de tal consideración, la señora Twist se adaptó a las circunstancias durante el tiempo que permaneció en el puerto, dejando constancia de ello en su diario. Ahora sus notas constituyen un importante testimonio de la sociedad y costumbres de los habitantes de Acapulco, puerto que con frecuencia recibía viajeros en tránsito a California o a Panamá.

Mrs. F. F. Victor

A diferencia de las observaciones de viajeros que sólo pasaban un día en Acapulco, las estancias prolongadas suscitaron mayor número de reacciones con respecto a la población local. Tales fueron los casos de la señora Twist que ya hemos analizado, y el de Mrs. F. F. Victor, quien permaneció en el mismo puerto varios días.

El relato de la señora Victor no fue escrito como diario, sino más bien como un recuento general de su experiencia en la travesía de Nueva York a San Francisco y de su estancia de doce días en el puerto de Acapulco. El texto fue publicado en la revista *Overland Monthly and Out West Magazine* en 1871.

No se menciona la fecha exacta del viaje de Mrs. Victor, sin embargo, es posible que éste se haya efectuado durante los años de la intervención francesa en México (1862-1867), porque en uno de sus pasajes la autora comenta que "los franceses se habían ido del puerto pocas semanas antes de mi visita, y se esperaba que regresara en cualquier momento un contingente del ejército de Maximiliano" (Victor, 1871: 221).

La señora Victor iba en compañía de su esposo, quien había salido de Nueva York con órdenes de unirse al barco *Narraganssett* en Panamá.[21] La pareja Victor salió de Nueva York en el mes de marzo, por la vía del istmo de Panamá, el cual cruzaron del Atlántico al Pacífico a través del ferrocarril interoceánico. Al igual que otros viajeros de la época, la señora Victor se sorprendía con la cantidad de gente que se embarcaba hacia el mismo destino: San Francisco.

Una vez en el puerto de Panamá, la pareja Victor fue informada de que el *Narraganssett* ya había zarpado hacia el norte, y que probablemente se encontraba

21 El barco *Narraganssett* fue utilizado por la Oficina Hidrográfica de los Estados Unidos para realizar expediciones de reconocimiento en el Pacífico. Esta embarcación estuvo a cargo del comandante George Dewey, que durante varios años exploró las costas mexicana y centroamericana del Pacífico. Karina Busto Ibarra, "Exploraciones náuticas en la costa del Pacífico mexicano. Cartas y derroteros de la segunda mitad del siglo XIX", en prensa.

en Acapulco. Ante la noticia la señora Victor se mostró contenta de no separarse de su esposo en Panamá. Ambos viajaron en el vapor *Golden Age*, que a la señora le pareció "espacioso y limpio". Los días a bordo "se iban en levantarse temprano, tomar una taza de café y una naranja en la cubierta, desayunar tarde, almorzar, y cenar temprano, con intervalos para lecturas y pláticas ligeras" (Victor, 1871: 216).

La pareja Victor había acordado que si al llegar a Acapulco no encontraban al *Narraganssett*, ella se quedaría con su esposo para esperar el siguiente vapor con destino hacia el norte. De tal forma que ambos desembarcaron en el puerto de Acapulco, a donde llegaron por la noche. Según observaron, la gente estaba en movimiento, la mayoría de los habitantes se habían acercado al vapor con frutas, flores y conchas para vender a los pasajeros. Mientras esto ocurría, los Victor buscaban un lugar donde hospedarse.

La señora Victor sentía que en México "cualquiera debería buscar bandidos en cada rincón de las paredes", veía hacia todos lados y se fijaba en las sombras que aparecían en el camino. No obstante sus miedos e incertidumbre, después de algunos intentos encontraron un hotel para pernoctar, el de los John's, casualmente el mismo descrito por Twist como *Eldorado*.

Victor comenta que el viejo John era de origen español y que había entrado a México como francés cuando el ejército de Maximiliano ocupó el país. La señora Moreno, su esposa, era sin duda francesa. Ambos eran de Nueva Orleáns y habían llegado a Acapulco por tierra a través de Arizona, viaje durante el cual "la señora adoptó atuendo de hombre que resultó conveniente y que mantuvo para uso constante" (Victor, 1871: 217). Como es de notarse, semejante costumbre llamaba fuertemente la atención de las viajeras que llegaron a conocer a esta señora. Una mujer que se atrevió a romper con las tradiciones de la época al desafiar las formas de comportamiento femenino.

El cuarto donde se hospedó la pareja Victor fue descrito por la autora como una "caverna de mamut convertida en hospital", con el piso de tierra y con una cama delgada, dos sábanas y una almohada para cada uno, una pequeña mesa de madera pegada a la pared, sin techo, sin paredes blancas. Cuando al ver el aspecto del lugar su esposo le sugirió regresar al barco, ella respondió "tendrás que esperar a que regrese el *Narraganssett* y supongo que yo puedo vivir aquí si tu puedes" (Victor, 1871: 218).

A pesar de la dificultad para enfrentar la situación, la señora Victor mantuvo una actitud positiva que se refleja en sus pensamientos: "la lección de mi vida

me ha enseñado a nunca arrepentirme de nada. Nuestras primeras impresiones no son confiables. Las experiencias más desastrosas son buenas para nosotros; todo el conocimiento, como se obtenga, es para nuestro avance" (Victor, 1871: 218).

Durante los doce días que permaneció en el puerto, las caminatas matutinas al fuerte de San Diego o al cocotal fueron las actividades que más gozó en Acapulco. La señora Victor observó que la gente en todas partes era decente, pues les invitaban fruta o agua de coco. Victor hizo un comentario similar al de Julia Twist sobre los niños subiendo la palmera para bajar cocos, sólo que Victor añadió que los niños subían "como ardillas" dieciocho o veinte metros de alto para obtener la fruta (Victor, 1871: 219).

También expresó que sus caminatas le permitieron ver las costumbres de los habitantes. Según cuenta, era difícil pasar por las calles en las mañanas, porque mucha de la población masculina estaba desayunando donde habían pasado la noche, es decir, en la tierra. A los hombres se les encontraba dormidos bajo los árboles durante el día, por la noche jugando en la plaza, y tomando una siesta en la banqueta, mientras las mujeres del mercado llegaban en la mañana con café, fruta y tortillas (Victor, 1871: 220).[22]

La señora Victor menciona la grandeza de Acapulco en el siglo XVI, época en que los galeones llegaban procedentes del lejano Oriente y periodo durante el cual se construyó el fuerte de San Diego para proteger al puerto de los piratas. El fuerte, según Victor, "es lo único que queda de su orgullo y grandeza, en el miserable, dilapidado Acapulco" (Victor, 1871: 221).

Por otra parte, las observaciones de la señora Victor sobre las mujeres de Acapulco no fueron del todo favorables. Victor comentaba que generalmente se les veía en la iglesia o en alguna procesión religiosa, y luego proseguía: "vestirse de negro parece ser el color favorito de las mujeres, con una mantilla negra en la cabeza. Debido a esta preferencia una multitud de ellas en una procesión se veía sombría. La clase más pobre usaba telas de algodón de patrones grandes y vistosos, y todas marchaban y se hincaban juntas en las calles polvorientas". En la iglesia se veía lo mismo, muchas mujeres y muy pocos hombres, sobre lo cual

22 La participación de las mujeres en el trabajo local también fue observada por Robert F. Greeley, quien en su recuento de viaje incluyó un dibujo de una mujer atendiendo la carnicería en el mercado. Greeley visitó el puerto de Acapulco tres veces, en 1854, 1857 y 1863. "Scenes in Acapulco", Appletons' Journal of Literature, Science and Art, 129, 1871, pp.324-327.

Victor afirmaba: "en México, como en todos lados, existe la misma costumbre, los hombres cometen los pecados y las mujeres rezan. Supongo que es una constante" (Victor, 1871: 222).

La opinión general de la señora Victor sobre Acapulco fue un tanto despectiva, pues lo consideraba un "lugar miserable, sin empresas, sin agricultura, sin comercio, sin literatura y con una religión muy pobre". A pesar de lo anterior, veía a Acapulco como un sitio "indefenso", "sin esperanzas", "atormentado por facciones". Por esto y por su pasado glorioso, Victor contempló el puerto "con cierta ternura" (Victor, 1871: 222).

Una vez que el *Narraganssett* llegó a Acapulco, su esposo se unió al grupo de oficiales mientras ella partió en el vapor *Sonora*, que había llegado al puerto a cargar carbón. Las remembranzas de la señora Victor son, pues, escritas desde la distancia, un tiempo después de su estadía en Acapulco. Sus recuerdos sobre los lugares que visitó y algunas personas que conoció, fueron algunos de los motivos que la llevaron a relatar su experiencia en aquel puerto mexicano.

Mrs. Martha Summerhayes

El último relato que analizamos es el de la señora Martha Summerhayes. A diferencia de las dos viajeras anteriores, Summerhayes visitó sólo brevemente tres puertos del Pacífico mexicano en 1874. Su experiencia de viaje fue incluida en su obra *Vanished Arizona*, publicada por primera vez por una pequeña casa editorial de Filadelfia en 1908. El texto tuvo una buena acogida, principalmente entre militares en Estados Unidos, por lo que en 1910 la autora preparó una nueva edición a la que añadió un capítulo y algunas cartas que recibió después de la aparición inicial del libro. Esta última edición salió a la luz en 1911, año de su muerte (Summerhayes, 1979: xx-xxi).

De familia puritana, Martha Summerhayes nació en Nantucket, Estados Unidos, el 21 de octubre de 1846, recibió una buena educación y estudió un año en Europa. En este periodo vivió en Hanover, Alemania, donde se dedicó a estudiar música y literatura germanas. A su regreso, contrajo matrimonio con John W. Summerhayes en una iglesia episcopal de Nantucket en 1874 (Summerhayes, 1979: viii-ix).

Ese mismo año la pareja Summerhayes partió de Fort Russell en un tren de la *Union Pacific Railroad* con destino a San Francisco. En aquélla época aún no existía la comunicación ferroviaria en Arizona, por lo que todas las tropas

estadounidenses enviadas a esa región eran transportadas desde San Francisco a Yuma por mar, a través del Golfo de California (Busto, 1999: 40). En la boca del golfo se transferían personas y cargamento a vapores que navegaban por el río Colorado hacia Yuma y otros puestos militares.

Los Summerhayes, junto con seis compañías de soldados, salieron de San Francisco en el vapor *Newbern* el 6 de agosto de 1874, con destino a Arizona (Summerhayes, 1979: 21). Dicha embarcación era propiedad de la compañía naviera *California and Mexico Steamship Company*, cuya principal ruta cubría la comunicación entre California y Arizona por la vía marítima (Busto, 1999: 41).

El *Newbern* hizo escala en el puerto de Cabo San Lucas, donde cargó ganado. La autora describe la forma en que éste se embarcó: "el ganado nadó detrás de las pequeñas embarcaciones de los nativos, luego fue levantado con cuerdas atadas a los cuernos y puesto en la cubierta del barco". A la autora le pareció "terriblemente cruel", pero después comprendió que era una práctica tradicional realizar esta labor (Summerhayes, 1979: 22).

El *Newbern* llegó a Mazatlán el 14 de agosto, cuya bahía la autora consideró hermosa. Al anclar el vapor subieron a bordo el personal de la aduana marítima y de la compañía Wells, Fargo & Co.[23] Según Summerhayes, al mismo tiempo la gente nativa se acercó a un lado del vapor para ofrecer frutas frescas como cocos, plátanos y limones. En Mazatlán se embarcaron algunos pasajeros mexicanos con destino a Guaymas y "un grupo de malabaristas japoneses" (Summerhayes, 1979: 26).

Algunos oficiales y sus esposas se aproximaron a la costa en uno de los botes del vapor, visitaron un viejo hotel, el anfiteatro para las corridas de toros y el antiguo fuerte. Después de esta experiencia, la señora Summerhayes consideró a Mazatlán como un sitio interesante, pero no escribió más al respecto.

El tercer puerto mexicano que Summerhayes visitó fue Guaymas, sitio que decidió bajar a conocer para buscar alimentos y bebidas. En compañía de la Sra. Wilkins, esposa del teniente coronel, buscaron en el puerto una casa donde pudieran ofrecerles comida. Tras llegar a un acuerdo con un señor que a regañadien-

23 En el siglo XIX, era común que los vapores que llegaban a los puertos mexicanos anclaran a una distancia de tres o cuatro kilómetros de la costa. Una práctica también frecuente era la inspección de las embarcaciones por parte de los agentes aduanales y de la compañía Wells, Fargo & Co., con sede en San Francisco, encargada del transporte de mercancías, correspondencia y de operaciones financieras.

tes accedió atenderlas, el grupo de tres o cuatro mujeres y algunos oficiales gozó de un desayuno preparado con ingredientes frescos (Summerhayes, 1979: 27).

Además de esta breve experiencia en Guaymas, es poco lo que la autora comenta de los puertos mexicanos. El capítulo dedicado a su viaje por el Golfo de California termina en Puerto Isabel, localizado en la boca del río Colorado, sitio al que el *Newbern* llegó después de 13 días de travesía. Del vapor se hizo la transferencia de tropas y de equipaje a barcazas y de éstas al vapor de río *Cocopah* (Summerhayes, 1979: 29).

Al final, la señora Summerhayes reflexiona sobre su experiencia de viaje a bordo de los antiguos vapores, que tenían grandes desventajas comparados con los de principios del siglo XX: "recordemos que el *Newbern* era un pequeño y viejo vapor de propulsión, no adaptado para pasajeros, en esos días las grandes plantas de refrigeración no existían. Las mujeres que van a las Filipinas en los grandes transportes actuales no pueden darse cuenta y, difícilmente creerán, lo que nosotros soportamos por la falta de hielo y de buena comida en ese inolvidable viaje por la costa del Pacífico y Golfo de California en el verano de 1874" (Summerhayes, 1979: 28).

Escrito también desde la distancia, el relato de la señora Summerhayes parece desvanecerse en el tiempo y apenas recuerda algunos aspectos de su tránsito a Yuma y de su paso por los puertos de México. El resto de su narración está dedicada a las vivencias de la autora en los puestos militares donde permaneció durante años acompañando a su esposo.

Conclusiones

De los relatos anteriores se desprenden algunas reflexiones que vale la pena comentar. Una de ellas se relaciona con la cuestión de género, es decir, la sensibilidad de estas mujeres para captar pequeños detalles de la sociedad que observaron. Sus inquietudes se refieren más a temas de otras mujeres, de familias locales, de las actitudes de los pobladores, la forma de vestir y de vivir, el papel de las mujeres en la sociedad o sus prácticas cotidianas como lavar ropa. Es evidente que se interesan más en lo doméstico o en las relaciones sociales que en otros temas. Comparados con relatos de viajeros masculinos, es notorio que a pesar de que en ocasiones ellos tocan estos asuntos, suelen describirlos con menos pormenores.

Por otro lado, las cinco mujeres de los textos analizados comparten una razón de viaje similar, lo hacen por motivos familiares. McDougall viajó primero con su esposo e hija y al regreso con su hija y su cuñado; Bates iba acompañando a su esposo, capitán de un buque; Twist viajaba sola, con la esperanza de reencontrarse con su esposo que había partido a California años antes motivado por la fiebre del oro; Victor también iba acompañada de su cónyuge, oficial de marina que debía integrarse al barco encargado de explorar la costa del Pacífico; Summerhayes viajó con su marido, asignado a una base militar en Yuma, donde empezaría una nueva vida.

Además de lo anterior, se trata de señoras con una posición privilegiada, educadas y que no viajaban en búsqueda de mejorar sus condiciones de vida (salvo McDougall), como lo hicieron muchas de las personas que emigraron en la época de la fiebre del oro y décadas subsecuentes. Por el contrario, su papel de mujeres casadas les obligó a desplazarse largas distancias para conservar o rescatar sus respectivas familias, y su condición social les permitió dedicarse a escribir sus diarios y más tarde publicarlos.

Es notorio que en los casos de las dos mujeres que permanecieron más tiempo en Acapulco, las señoras Twist y Victor, su visión de la sociedad local es más aguda y se observan comentarios cargados de prejuicios, que al mismo tiempo reafirman su identidad de mujeres blancas. Ejemplo de ello son las referencias a los nativos como "raza de seres inferiores", o la afirmación de sentir "cansancio de ver caras morenas", o la alusión al lugar como "miserable, sin empresas, sin empresas, sin agricultura, sin comercio, sin literatura y con una religión muy pobre", e incluso verlo "con cierta ternura".

Un último aspecto se relaciona con la sorpresa de las viajeras al encontrarse con otras mujeres que no siguen los cánones establecidos. Tanto la señora Twist como la señora Victor, que permanecieron varios días en el puerto de Acapulco, notaron la costumbre de una mujer de origen francés de vestirse a la usanza de hombres: de pantalones y camisa. Esto, sin duda las escandalizó, pero también les causó admiración y sus descripciones versaron sobre lo que la francesa les contó y no sobre sus propios prejuicios. Twist y Victor mencionaron solamente que aquella mujer había adoptado esa forma de vestir por ser más práctica.

Finalmente, es significativo que ninguna de las mujeres se ocupó de describir la situación económica de los lugares, los intercambios comerciales, o las actividades productivas de sus pobladores, como solían hacer la mayoría de los hombres que escribían sobre su experiencia de viaje en aquella época. La mirada

femenina más bien se centraba en cuestiones sociales, costumbres de la gente o prácticas como la de cargar al ganado de los cuernos para ser transferido de las canoas a los vapores, lo cual les parecía reprochable y cruel.

Los escritos de estas mujeres sobre algunos puertos mexicanos que visitaron ofrecen una imagen de la sociedad local, del papel de las mujeres y niños, y de la vida cotidiana. De tal forma que adquieren importancia cuando se contrastan y complementan con otros relatos que se ocupan de temas distintos. Así, la mirada femenina de los puertos de Acapulco, Mazatlán, San Blas y Guaymas posee un gran valor para la historia social mexicana del siglo XIX.

Bibliografía

ADAMS, Piercy. *Travelers and travel liars, 1660-1800*. Berkeley: University of California Press, 1962.

BATES, Mrs. D. B. *Incidents on Land and Water, or Four Years on the Pacific Coast. Being a Narrative of the Burning of the Ships Nonantum, Humayoon and Fanchon, Together with Many Startling and Interesting Adventures on Sea and Land*, Eleventh Edition. Boston: Published for the Author, 1861.

BERNECKER, Walther L. "Literatura de viajes como fuente histórica para el México decimonónico: Humboldt, inversiones e intervenciones", en Lourdes de Ita Rubio y Gerardo Sánchez Díaz (coords.). *A través del espejo: viajes, viajeros, y la construcción de la alteridad en América Latina*. México: Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2005, págs. 19-48.

BUSTO IBARRA, Karina. "Maritime Trade between the Californias in the Late Nineteenth Century". Mains'l Haul, 36:4, 1999, págs. 36-49.

_____"El espacio del Pacífico mexicano: puertos, rutas, navegación y redes comerciales, 1848-1927", tesis de doctorado. México: El Colegio de México, 2008.

CLARK, Steve (Ed.). *Travel writing and empire: postcolonial theory in transit*. New York: Zed Books, 1999.

DE CERTAU, Michel. "Travel narratives of the French to Brazil: Sixteenth to Eighteen centuries". Representations, 33, 1991, págs. 221-226.

FARAGHER, Johnny y Christine Stansell, "Women and Their Families on the Overland Trail to California and Oregon, 1842-1867". Feminist Studies, 2:2/3, 1975, págs. 150-166.

GREELEY, Robert F. "Scenes in Acapulco". Appletons' Journal of Literature, Science and Art, 6:129, 1871, págs. 324-327.

GUELKE, Leonard and Jeanne Kay Guelke. "Imperial eyes on South Africa: reassessing travel narratives". Journal of Historical Geography, 30, 2004, págs. 11–31.

IBARRA BELLÓN, Araceli. *El comercio y el poder en México, 1821-1864. La lucha por las fuentes financieras entre el estado central y las regiones*. México: Fondo de Cultura Económica, Universidad de Guadalajara, 1998.

KEMBLE, John H. *The Panama Route, 1848-1869*. Columbia: University of South Carolina, 1990.

_____"The Panama route to the Pacific Coast, 1848-1869". The Pacific Historical Review, 7:1, 1938, págs. 1-13.

LAWRENCE, Deborah. *Writing the Trail. Five Women's Frontier Narratives*. Iowa: University of Iowa Press, 2006.

MCDOUGALL, W. H. "A Woman's log of 1849. From the Diary of Mrs. John McDougall". Overland Monthly and Out West Magazine, 16:93, 1890, págs. 273-280.

PRATT, Mary Louise. *Imperial eyes. Travel writing and transculturation*. New York: Routledge, 1992.

RILEY, Glenda. "Women on the Panama Trail to California, 1849-1869". Pacific Historical Review, 55, 1986, págs. 531-547.

ROBERSON, Susan (Ed.). *Defining travel, diverse visions*. Jackson: University Press of Mississippi, 2001.

SUMMERHAYS, Martha. *Vanished Arizona. Recollections of the Army Life of a New England Woman*. Lincoln and London: University of Nebraska Press, 1979.

TWIST, Julia. "The Journal of a Voyage from New York to California, which began Feb 1st, and ended at San Francisco, March 19th, 1861", en: William Fiske Brown, *Past Made Present: The First Fifty Years of the First Presbyterian Church and Congregation of Beloit, Wisconsin, together with a History of Presbyterianism in our State up to the Year 1900*. Chicago: Marsh & Grant Co., 1900, págs. 221-238.

VICTOR, Mrs. F. F. "A Short Stay in Acapulco". Overland Monthly and Out West Magazine, 6:3, 1871, págs. 214-222.